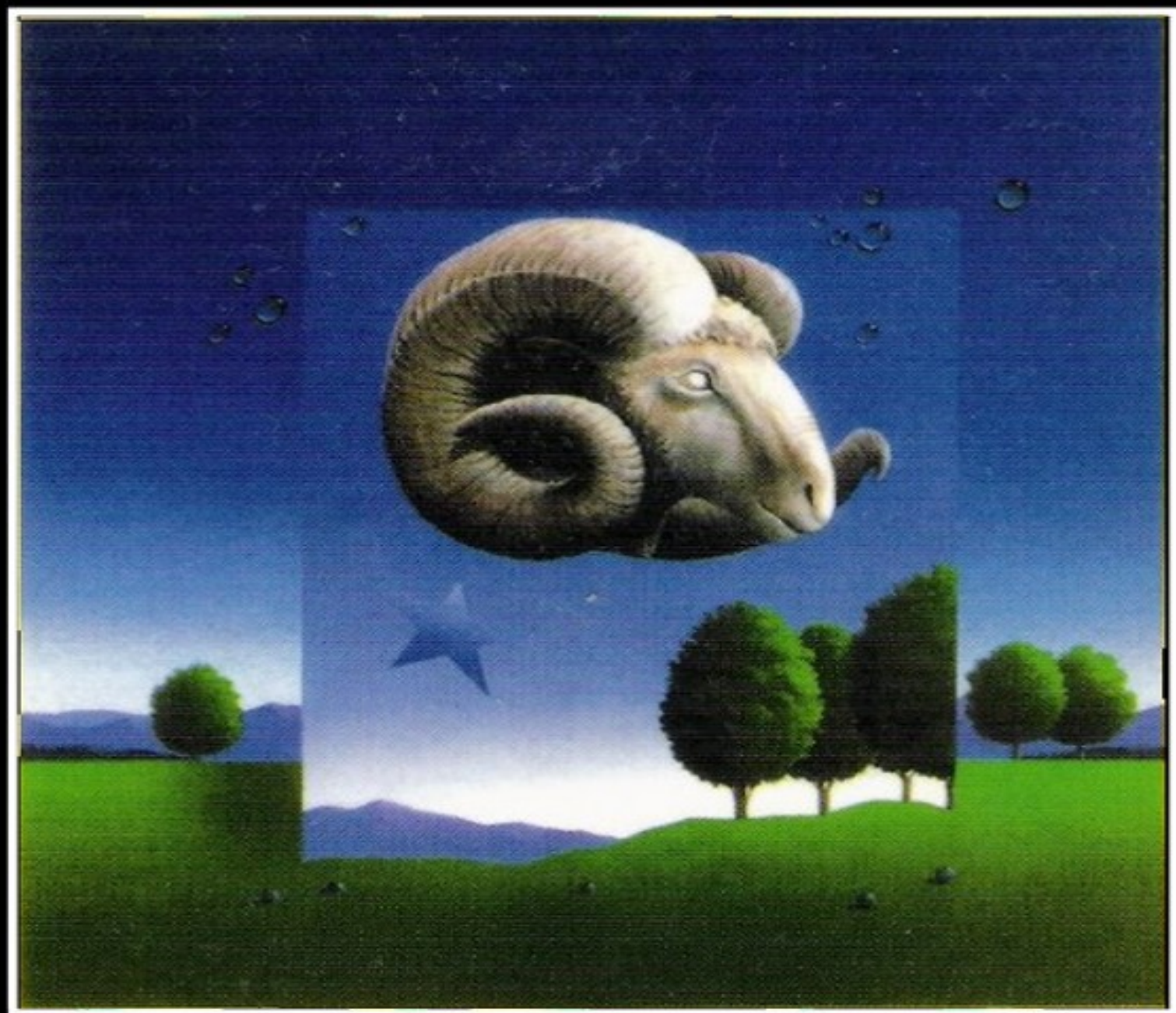


Haruki Murakami

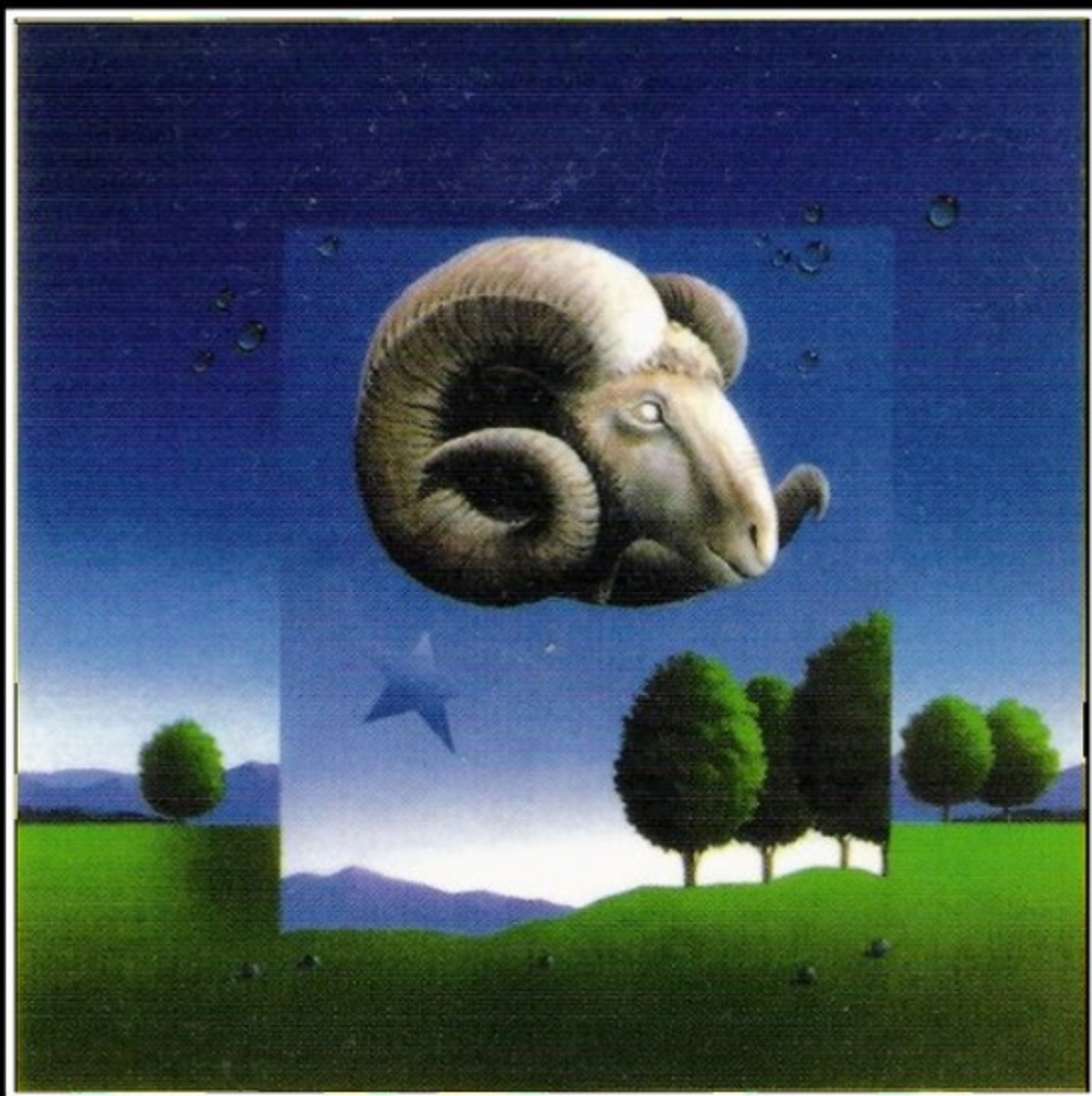
LA CAZA DEL
CARNERO SALVAJE



se

Haruki Murakami

LA CAZA DEL
CARNERO SALVAJE



SE





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Un desencantado treintañero, superviviente de su propia juventud, tiene con un socio más o menos alcohólico una pequeña agencia de publicidad y traducciones. En una de sus campañas publicitarias ha publicado una fotografía que lo pondrá en el punto de mira de un poderosísimo grupo industrial, verdadero imperio económico y también político. Y a partir de aquí, se verá lanzado a una ardua investigación, digna de las mejores novelas policíacas americanas: antes de un mes debe encontrar el lugar donde fue hecha la fotografía y el animal que aparece en ella. Si no lo hace le convertirán en un paria en su propia sociedad. El lector, junto con el protagonista, se internará en esta búsqueda del carnero mítico que, cuando es mirado por alguien a quien él elige, posee al espectador. Un carnero que —dice la leyenda— se apoderó de Gengis Khan y que tal vez no sea más que la encarnación del poder absoluto.

L≡LIBROS

Haruki Murakami

La caza del carnero salvaje

I

25 de Noviembre de 1970

1. La excursión del miércoles por la tarde

Lo supe gracias a la llamada de un amigo, que casualmente se enteró por el periódico de que ella había muerto. Me leyó despacio el artículo —un simple párrafo en un diario matutino— por teléfono. Un articulillo de nada. Y con toda la pinta de ser un ejercicio de práctica encargado a un periodista novato, recién salido de la universidad.

En el día tal del mes tal, en cierto barrio de la ciudad, un camión, conducido por fulanito de tal, había atropellado a una mujer. El chófer, en fin, quedó a disposición judicial para aclarar sus posibles responsabilidades.

Aquello sonaba como esos resúmenes informativos tipo telegrama que aparecen en la primera plana de algunos periódicos.

—¿Y dónde será el entierro? —le pregunté a mi amigo.

—¡Qué sé yo! —me contestó—. ¿Tú crees que esa chica tenía casa y familia?

Naturalmente, las tenía.

Ese mismo día llamé a la policía para informarme del domicilio familiar de la joven y su teléfono. Acto seguido, telefoneé para preguntar a sus familiares la fecha del entierro. Como dice el refrán, el que la sigue la consigue.

Su casa estaba en uno de los arrabales de Tokio. Desplegué el plano —distribuido por distritos— de la ciudad, y con un bolígrafo rojo marqué la situación del edificio. Ciertamente, se trataba de uno de los suburbios más degradados de Tokio. Las líneas de metro, de ferrocarril y de autobús se entramaban y se superponían como una desquiciada tela de araña, e incontables albañales fluían entre un laberinto de callejas, dejando el

terreno tan arrugado como la corteza de un melón. El día del entierro tomé un tranvía en la parada de la Universidad Waseda. Me apeé poco antes del final de la línea, y allí eché mano de mi plano por distritos de Tokio. Pero el tal plano me fue tan útil como un globo terráqueo. Así que para llegar a la casa opté por pararme a cada momento a comprar tabaco y preguntar de paso por el camino.

La casa era una vieja construcción de madera rodeada por una cerca de color ocre. Pasada la cancela, a mano izquierda se extendía un jardincito tan estrecho que no pude menos que preguntarme para qué diablos serviría. Allí, en un rincón, yacía abandonado un viejo e inútil brasero de arcilla, en el interior del cual había casi un palmo de agua de lluvia. La tierra del jardín era oscura y estaba sumamente húmeda.

Quizá porque ella se había marchado de casa a los dieciséis años, el entierro se celebró en la más estricta intimidad. Los allí presentes eran en su casi totalidad parientes ya mayores; el hombre que se ocupaba del ceremonial, de poco más de treinta años, debía de ser hermano o cuñado de la difunta.

Su padre era un hombre achaparrado, cincuentón, que vestía traje negro y llevaba un brazalete blanco de duelo. Permanecía de pie junto a la puerta, prácticamente inmóvil. Su figura me recordó el lustroso asfalto de una carretera tras el paso de una riada.

Al marcharme, me incliné ante él en silencio. Y él me respondió con una muda inclinación.

La conocí en el otoño de 1969. Entonces yo tenía veinte años y ella diecisiete. Cerca de la universidad había una pequeña cafetería donde solía citarme con mis amigos. No era nada del otro mundo, pero los asiduos sabíamos que allí escucharíamos rock duro mientras bebíamos un café indescriptiblemente malo.

Ella se sentaba siempre en el mismo sitio, hincaba los codos en la mesa y se quedaba absorta en la lectura de un libro. Sus gafas de montura metálica, semejantes a un aparato de ortodoncia, y sus huesudas manos le daban un indefinible atractivo que invitaba a acercársele. Su café estaba

siempre frío, mientras que su cenicero se hallaba indefectiblemente rebosante de colillas. Lo único que variaba era el título del libro. Tanto leía a Mickey Spillane como a Kenzaburo Oê o al poeta Allen Ginsberg. En resumidas cuentas, parecía que con tener un libro delante se daba por satisfecha. Los estudiantes que rondaban por la cafetería siempre estaban dispuestos a prestarle libros. Ella los engullía en serie, enfrascada en su lectura igual que si comiera a dentelladas mazorcas de maíz. Y como entonces la gente disfrutaba prestando libros, creo que jamás le faltó algo que leer.

Era también la época de grupos tales como los Doors, los Rolling Stones, los Byrds, los Deep Purple y los Moody Blues. La atmósfera daba la impresión de estar insidiosamente electrizada, hasta el punto de que hubiera bastado con dar un enérgico puntapié para que todo se viniera abajo en un santiamén.

Por aquel entonces nuestra existencia transcurría bebiendo whisky barato, fornicando sin demasiado entusiasmo, charlando de temas que no nos llevaban a ninguna parte, prestándonos mutuamente libros... Entre unas cosas y otras, también sobre aquella calamitosa década de los sesenta estaba a punto de caer el telón entre crujidos ominosos.

Su nombre se ha borrado de mi memoria.

Desde luego, podría buscar su esquila, que recorté y guardé, para recordarlo, pero a estas alturas da igual cómo se llamaba. Es un nombre que se ha borrado para mí. Así de sencillo.

A veces me encuentro con amigos a quienes no he visto desde hace años y si por casualidad en nuestra conversación hablamos de ella, tampoco recuerdan su nombre. «¡Ah, entonces...! ¿Te acuerdas de aquella chica que se acostaba con todos...? ¿Cómo se llamaba...? Ni idea, oye... y eso que también yo me la follé un montón de veces... ¿Qué habrá sido de su vida? ¡Estaría bueno tropezársela por ahí...!». «Érase una vez, en algún lugar, una-chica-que-se-acostaba-con-todos». Así se llamaba para nosotros. Ése era su nombre.

Se cae de su peso que, si se precisan más los términos, no se puede decir alegremente que se acostaba con todos. Como es natural, debía atenerse a cierto sistema de valores, muy personal. Con todo, enfocando el asunto en términos prácticos, se puede decir que se iba a la cama con casi todos los hombres.

En cierta ocasión, conmovido por la curiosidad, no pude contenerme y le pregunté por ese sistema de valores suyo, tan personal.

—Pues bueno... —estuvo pensándoselo casi medio minuto—: Tampoco me va eso de hacerlo con cualquier tío. A veces me da por cerrarme en banda.

Lo que me pasa, creo, es que, a fin de cuentas, me gusta conocer a la gente. O a lo mejor es que así se va aclarando mi concepción del mundo. ¿No?

—¿Llevándotelos a la cama?

—Sí.

Esta vez fui yo quien se quedó pensativo.

—Y... ¿ya ves las cosas más claras?

—Sí, un poquito —me respondió.

Desde el invierno del 69 hasta el verano del 70 apenas nos vimos. La universidad fue clausurada repetidas veces, y yo, por mi parte, me encontraba asediado por problemas personales que poco tenían que ver con los de mi entorno.

Cuando, en el otoño del 70, me di una vuelta por aquella cafetería, sólo vi caras nuevas; la única conocida era la suya. Todavía sonaba por los altavoces el rock duro, pero el ambiente electrizante de antaño se había esfumado. Lo que no había cambiado desde el año anterior eran el pésimo café y la presencia de la chica. Me senté frente a ella y, entre sorbos de café, hablamos de nuestras antiguas amistades.

La mayoría habían dejado la universidad. Uno de los habituales se suicidó, y otro puso tierra por medio y desapareció sin dejar rastro.

Charlamos de cosas así.

—¿Qué has hecho durante este año? —me preguntó.

—De todo un poco —le respondí.

—Y... ¿qué? ¿Te has espabilado?

—Sí, un poquito.

Aquella noche, por primera vez me acosté con ella.

No sé gran cosa de sus años de infancia. Unas veces tengo la sensación de que alguien me lo contó, y otras veces pienso que fue ella misma quien lo hizo cuando compartíamos la cama. Cosas como que en su primer año de bachillerato, y a raíz de una bronca colosal con su padre, se marchó de casa y —consecuentemente— del colegio. Algo así. Pero de otros temas —dónde diablos vivía, cómo se las arreglaba para salir adelante— nadie sabía ni palabra.

Se pasaba el día sentada ante un velador de aquella cafetería donde ponían música de rock; allí se bebía un café tras otro, fumaba sin parar e iba pasando páginas de un libro; de ese modo aguardaba la llegada de alguien que se prestara a pagarle los cafés y el tabaco (gastos que, para nuestros bolsillos de entonces, representaban una suma nada despreciable). A continuación, por regla general, se acostaba con él.

He aquí todo lo que sabía de ella.

Desde el otoño de aquel año hasta bien entrada la primavera del siguiente, adquirió la costumbre de dejarse caer por mi apartamento, situado en uno de los arrabales extremos de Mitaka, una vez por semana, el martes por la noche. Comía la sencilla cena preparada por mí, me llenaba los ceniceros y se entregaba al juego del amor mientras oíamos por la radio, a toda potencia, un programa de rock duro que transmitía la emisora de las fuerzas de ocupación norteamericanas. Al despertarnos, el miércoles por la mañana, solíamos ir andando, dando un paseo a través de pintorescos bosquecillos, hasta el campus de la Universidad Cristiana Internacional. En el comedor del campus tomábamos un ligero almuerzo, y por la tarde bebíamos café poco cargado en la sala de descanso de los estudiantes. Y, si

el tiempo era bueno, nos tumbábamos en el césped del campus a mirar el cielo. Según ella, aquello era nuestra «excursión del miércoles».

—Cada vez que venimos aquí, tengo la impresión de ir de excursión.

—¿De ir de excursión?

—¡Claro! En este espacio abierto, abierto..., con césped por todas partes, contemplando ese aire de felicidad en las caras de la gente...

Sentada en el césped, consiguió encender un cigarrillo tras apagársele unas cuantas cerillas.

—El sol se remonta, para hundirse después. La gente viene y va. El tiempo corre como el aire. ¿No es una verdadera excursión?

Por entonces yo contaba veintiún años, y dentro de pocas semanas iba a cumplir veintidós. No veía perspectivas inmediatas de llegar a graduarme en la universidad, aunque, por otra parte, tampoco tenía razones de peso para abandonar los estudios. Prisionero de una serie de desesperantes y enrevesadas circunstancias, durante muchos meses me sentí incapaz de avanzar ni un paso.

Llegué a tener la sensación de que mientras el mundo continuaba su marcha, yo permanecía atascado en el mismo lugar. En el otoño de 1970 cuanto entraba por mis ojos era una invitación a la nostalgia; todo se traducía para mí en un vertiginoso marchitarse de los colores. La luz solar y el aroma de la hierba, y hasta el tenue son de la llovizna, me llenaban de fastidio.

Muchísimas veces soñé con aquel tren nocturno. Siempre el mismo sueño: un expreso cargado de humanidad, en el que reina un ambiente infecto de humo de tabaco y hedor a orines. Tan atestado de gente va, que ni siquiera queda sitio para viajar de pie. Los asientos están cubiertos de vómitos secos. Incapaz de aguantar aquello, me levanto y me apeo en la próxima estación. Pero resulta ser un paraje desolado, donde no brilla ni una sola luz que delate la existencia de una habitación humana. No hay ni empleado del ferrocarril, ni un reloj, ni un tablón de horarios. Nada, absolutamente nada. Éste era mi sueño.

Tengo la impresión de que, durante aquellos meses, más de una vez tuve peleas desabridas con ella. ¿Qué provocaba nuestras discusiones? No lo recuerdo con claridad. ¡Quién sabe si, en realidad, lo que buscaba yo

entonces no era enfrentarme conmigo mismo! Sea como fuere, ella no parecía sentirse afectada en lo más mínimo. Puede que incluso —por decirlo acentuando las tintas— llegara a pasárselo en grande con todo aquello. No entiendo por qué.

Quizá lo que esperaba de mí, al fin y al cabo, no fuera precisamente amabilidad. Cuando lo pienso, aún me siento sorprendido. Es algo así como la triste sensación que invade a quien ha tocado con la mano una extraña pared, invisible para sus ojos, suspendida en el aire.

Aún recuerdo con suma claridad aquella tarde fatídica del 25 de noviembre de 1970, el día en que Yukio Mishima se suicidó. Hojas de ginkgo, abatidas por las fuertes lluvias, alfombraban con su tinte amarillento las sendas interiores de los bosquecillos, que parecían el lecho seco de un río. Por esas sendas serpenteábamos los dos dando un paseo, las manos hundidas en los bolsillos de nuestros gabanes. No se oía ningún ruido, aparte del que hacían nuestros zapatos al pisar las hojas caídas y del agudo trinar de los pájaros.

—Oye, ¿qué es lo que te preocupa tanto de un tiempo a esta parte? —me espetó ella, inquisitiva.

—Nada de particular —le respondí.

Tras avanzar unos pasos, se sentó al borde del sendero y dio una buena calada a su cigarrillo. Entonces me senté a mi vez a su lado.

—¿Tus sueños son siempre pesadillas?

—Tengo bastantes pesadillas. Por lo general, sueño que una máquina expendedora de algo se va tragando todas las monedas que llevo encima, cosas así.

Se echó a reír y posó la palma de su mano sobre mis rodillas, aunque acto seguido la retiró.

—No tienes ganas de hablar sobre eso, ¿no?

—Es que no sé si sabría expresarme.

Tiró al suelo su cigarrillo a medio consumir y lo aplastó a conciencia con su calzado deportivo.

—O sea, que te gustaría hablar de ello pero no puedes explicarlo como es debido. ¿No es eso lo que te pasa?

—¡Y yo qué sé! —le respondí.

Con un batir acompasado de alas, se alzaron del suelo dos pájaros que desaparecieron volando, como absorbidos por aquel cielo sin nubes. Durante un rato nos quedamos silenciosos, contemplando el lugar por donde habían desaparecido los pájaros. A continuación, ella se puso a dibujar sobre el terreno algunas figuras indescifrables, valiéndose de una ramita seca.

—Cuando duermo contigo, a veces me siento muy triste.

—Discúlpame. Lo siento de veras —le respondí.

—No es tuya la culpa. Ni tampoco se trata de que, cuando me tienes en tus brazos, estés pensando en otra chica. Eso, al fin y al cabo, da igual. Yo... —enmudeció de pronto, mientras trazaba en la tierra tres líneas paralelas—, la verdad, no lo entiendo.

Permanecí silencioso un buen rato antes de responderle:

—Nunca he tenido, desde luego, la intención de dejarte al margen.

Simplemente, ni yo mismo sé qué me pasa. De veras, me gustaría comprender mi propia situación con absoluta imparcialidad, dentro de lo posible. No pretendo exagerar las cosas ni hacerlas más complicadas de lo que son. Pero eso me llevará tiempo.

—¿Cuánto tiempo? Sacudí la cabeza y contesté:

—Ni idea. Tal vez resuelva el asunto en un año, tal vez me cueste diez años resolverlo.

Ella tiró al suelo la ramita y, levantándose, se sacudió del abrigo la hojarasca seca que se le había adherido.

—¡Buenooo! ¿No te parece que diez años son una eternidad?

—¡Pues claro! —respondí.

A través del bosque, nos dirigimos caminando hacia el campus de la universidad. Una vez allí, tomamos asiento, como de costumbre, en la sala de descanso estudiantil, donde engullimos unos bocadillos. A partir de las dos de la tarde, en el televisor aparecieron sin cesar imágenes de Yukio Mishima. El mando del volumen estaba estropeado, y la voz resultaba casi inaudible, pero eso, al fin y al cabo, nos traía sin cuidado. Tras dar cuenta

de nuestros bocadillos, nos tomamos un segundo café. Uno de los estudiantes se subió a una silla y se puso a manipular el botón del volumen, pero se hartó al poco rato, bajó de la silla y se fue.

—Te deseo, nena —le dije.

—¡Estupendo! —replicó con una sonrisa.

Con las manos fundidas en los bolsillos de nuestros gabanes, nos fuimos andando despacio hacia el apartamento.

Me desperté de repente. Ella sollozaba calladamente. Bajo la ropa de la cama sus hombros menudos se agitaban temblorosos. Encendí la estufa de gas y miré el reloj. Eran las dos de la madrugada. En mitad del cielo flotaba una luna blanquísima.

Tras darle un respiro para que se desahogase llorando, puse a hervir agua e hice té echando una bolsita de papel. Compartimos aquel té. Sin azúcar, ni limón, ni leche. Un té caliente, y se acabó. Acto seguido encendí dos cigarrillos y le pasé uno. Ella inhalaba ansiosa el humo para expulsarlo enseguida; lo hizo tres veces consecutivas, hasta que se atragantó y rompió a toser.

—Oye, ¿has sentido alguna vez ganas de matarme? —me preguntó.

—¿A ti?

—Ajaja.

—¿Por qué me lo preguntas?

Se restregó los ojos, con el cigarrillo todavía colgando de sus labios.

—No es por nada. Curiosidad.

—Nunca en la vida —le respondí.

—¿De veras?

—De veras.

Y, tras una pausa, añadí:

—Y ¿por qué tendría que matarte?

—Sí, claro —asintió ella, con desgana—. Bueno, es que se me ocurrió que no estaría tan mal que alguien se me cargara. Por ejemplo, cuando estuviera como un tronco.

—No soy de los que se cargan a la gente.

—¿No?

—¡Quién sabe! ¿Eh?

Ella se rió y aplastó la colilla contra el cenicero. Se bebió de un trago el té que le quedaba, y encendió a continuación un nuevo cigarrillo.

—Voy a vivir hasta los veinticinco años —dijo—. Luego, me moriré.

Murió en julio de 1978, a los veintiséis años.

II

Julio de 1978

1. La importancia de caminar dieciséis pasos

El silbido de los compresores que movían la puerta del ascensor me aseguró que ésta se había cerrado. Esperé hasta oír ese ruido a mi espalda y cerré calmamente los ojos. Luego, tras reunir los fragmentos dispersos de mi conciencia, eché a andar a lo largo del corredor el trayecto —dieciséis pasos— que llevaba a la puerta de mi apartamento. Con los ojos cerrados, eran exactamente eso: dieciséis pasos, ni uno más ni uno menos. Sentía que mi cabeza giraba sin parar como un tornillo pasado de rosca, y mi boca parecía embreada a causa de lo mucho que había fumado.

Con todo, por muy borracho que esté, con los ojos cerrados soy capaz de caminar los dieciséis pasos en una línea tan recta como si hubiera sido trazada con regla. Es el fruto de una autodisciplina absurda mantenida durante años y años. Todo estriba en empinar de un respingo la columna vertebral, alzar la cabeza y llenar resueltamente los pulmones aspirando el aire de la mañana y los olores del corredor de cemento. Y luego, tras cerrar los ojos, recorrer en línea recta los dieciséis pasos en medio de la nebulosa del whisky.

Dentro de ese pequeño universo de los dieciséis pasos, me tengo ganado el título de «el borracho más educado». Se trata de algo bien simple. Basta con aceptar la borrachera como un hecho consumado.

No valen «peros», «sin embargos», «aunques», «aun asíes»... Es que me he emborrachado, y se acabó.

De ese modo me convierto en «el borracho más educado». O en «el estornino más madrugador». O en «el último vagón de mercancías que cruza el puente».

Cinco, seis, siete...

Al octavo paso me detuve; abrí los ojos y respiré hondo. Me zumbaban los oídos ligeramente. Era un zumbido como el del viento marino atravesando una tela metálica espesa y oxidada. Y al pensar en el mar me invadieron los recuerdos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que fui a la playa?

Día 24 de julio, a las seis y media de la mañana. Es la estación ideal para ver el mar, la hora ideal. La playa aún no ha sido mancillada por nadie. Orilla adelante se encuentran desparramadas huellas de aves marinas, como agujas de pino abatidas por el viento.

Conque el mar, ¿eh?

Eché a andar de nuevo. Mejor sería olvidarse del mar. Todo aquello se acabó, hace muchísimo tiempo.

Al contar dieciséis pasos, me detuve en seco y abrí los ojos. Como es habitual, me encontraba justo enfrente de mi puerta, que me ofrecía su pomo. Recogí del buzón los periódicos de los dos últimos días y un par de cartas, y me lo metí todo bajo el brazo. Acto seguido, de los recovecos de un bolsillo logré pescar el llavero y lo sostuve con la mano mientras apoyaba mi frente durante unos instantes contra la fría puerta de hierro. Tuve la impresión de haber oído un leve clic detrás de mis orejas. Mi cuerpo parecía un algodón empapado en alcohol. Lo único de él que funcionaba —más o menos— era la conciencia.

Algo es algo.

Con la puerta abierta a un tercio de su recorrido, dejé deslizar mi cuerpo en el interior y cerré. El recibidor estaba sumido en el silencio. Un silencio excesivo, de tan intenso.

Entonces advertí que en el suelo, a mis pies, había un par de zapatillas rojas. La verdad es que las tenía muy vistas. Allí estaban, entre mis enlodadas zapatillas de tenis y unas sandalias de playa baratas, dando la

impresión de ser un regalo navideño equivocado de fecha. Lo envolvía todo un silencio que era como una capa de fino polvo.

Ella estaba de bruces sobre la mesa de la cocina. La frente apoyada sobre sus brazos, la negra cabellera lisa le ocultaba el perfil de la cara. Por entre las guedejas se mostraba su blanco cuello, apenas tostado por el sol. El hueco de la axila de su vestido estampado —vestido que, por cierto, no recordaba haber visto antes— dejaba entrever el delicado tirante del sostén.

Mientras me despojaba de la chaqueta, me desembarazaba de la corbata y me quitaba el reloj de pulsera, ella no se movió. Mirando su espalda, recordé cosas del pasado. Cosas ocurridas cuando aún no me había encontrado con ella.

—Oye, ¡ejem...! —le dije tímidamente para entablar conversación.

Francamente, me parecía que no era yo quien hablaba; tenía la impresión de que aquellas palabras venían de muy lejos, de algún lugar remoto.

Como era de esperar, no hubo respuesta.

Ella parecía dormir, aunque también podía estar a punto de echarse a llorar, o incluso muerta.

Tras sentarme a la mesa frente a ella, me restregué los ojos con la punta de los dedos. Unos vívidos rayos de sol dividían la mesa en dos zonas; yo estaba en la mitad iluminada, y a ella la envolvía una suave penumbra, donde los colores brillaban por su ausencia. Sobre la mesa había un tiesto con geranios marchitos. Más allá de las ventanas, alguien se puso a regar la calle. Se oía caer el agua sobre el suelo, y hasta se olía a asfalto mojado.

—¿No quieres un café, eh?

Ni una palabra de respuesta.

Convencido de que no me respondería, me levanté y fui a la cocina, donde molí café para dos tazas; de paso puse en marcha el transistor. Terminada la molienda, me di cuenta de que lo que en realidad me apetecía beber era un té con hielo. Siempre me pasa lo mismo.

El transistor iba desgranando inocuas canciones pop una tras otra, muy apropiadas, por cierto, a la temprana hora del día. Oír aquellas canciones

me hizo pensar que en los últimos diez años el mundo no había cambiado mucho, sólo cambiaba que los cantantes y los títulos de las canciones eran distintos, y que yo, por mi parte, era diez años más viejo; eso era todo.

Tras comprobar que la tetera hervía, cerré la llave del gas, y durante medio minuto dejé que el agua se enfriara un poco, para proceder luego a verterla sobre la manga. El polvo de café fue empapándose del agua caliente a medida que la iba absorbiendo, y cuando por fin empezó a fluir lentamente el café, su cálido aroma se esparció por la habitación.

Fuera, un coro de cigarras se puso a cantar.

—¿Estás aquí desde anoche? —le pregunté, vacilante, sosteniendo aún la tetera.

Sobre la mesa, las finas hebras de su pelo parecieron manifestar un levísimo asentimiento.

—¿Así que has estado esperándome todo ese tiempo? Esta vez no hubo contestación por su parte.

El vapor que emanaba de la tetera y el intenso sol hicieron que el ambiente de la habitación empezara a caldearse. Cerré la ventana que había sobre el fregadero, puse en marcha el aire acondicionado y coloqué un par de tazas de café sobre la mesa.

—Anda, bebe —le dije. Mi voz iba recobrando poco a poco su tono habitual.

Ni palabra.

—Te conviene tomar algo.

Tras una larga pausa, como de medio minuto, ella levantó la cabeza de la mesa con un movimiento calmo y equilibrado. Un movimiento que la condujo a fijar sus ojos ausentes en el tiesto de geranios. Una porción de sus delicados cabellos se le había adherido desordenadamente a las húmedas mejillas. Era como si un tenue halo de humedad envolviera su figura.

—No te preocupes por mí —exclamó—. Sin querer, me he echado a llorar.

Le ofrecí una cajita de pañuelos de papel. Se sonó la nariz silenciosamente, y luego, con cara de disgusto, apartó los mechones de cabello pegados a sus mejillas.

—La verdad es que pensaba irme antes de que estuvieras de vuelta. No tenía ganas de verte.

—Pero cambiaste de idea.

—No, no es eso. Es que malditas las ganas que tenía de marcharme a ninguna parte... Pero me iré enseguida, así que no te preocupes.

—De todos modos, tómate el café.

Yo, mientras oía por la radio noticias de las incidencias del tráfico, me bebí a sorbos el café, y luego, con unas tijeras, abrí los dos sobres de mi correspondencia. El primero era un anuncio de una tienda de muebles, según el cual los clientes que se aprovecharan de un determinado período de ofertas podían adquirir cualquier mueble con un veinte por ciento de descuento. El otro sobre traía una carta que no me apetecía leer, pues provenía de cierta persona a quien no deseaba recordar. Cogí ambos sobres con sus correspondientes misivas, hice de ellos una bola, y la encesté en el cubo de la basura. Acto seguido me puse a mordisquear unas crujientes galletas de queso que encontré en un rincón. Ella rodeó con las palmas de sus manos la taza de café, como para defenderse del frío, y al tiempo que apoyaba suavemente los labios en el borde de la taza, se me quedó mirando fijamente.

—Hay ensalada en la nevera —me dijo.

—¿Ensalada? —repetí mientras levantaba la cabeza para mirarla.

—De tomate y habichuelas, no había otra cosa. La calabaza estaba pasada, así que la tiré.

—Ya.

Saqué de la nevera la honda ensaladera de cristal azul de Okinawa, y esparcí sobre su contenido lo poco que quedaba —apenas un poso en el fondo de la botella— de condimento. El tomate y las habichuelas tenían la frialdad de la tumba. Y, encima, no sabían a nada. Las galletas y el café tampoco sabían a nada. Sin duda, la causa era la luz matinal. Esa luz que disecciona en sus componentes cuanto se pone a su alcance. Dejé el café, aunque sólo me había bebido la mitad, y saqué de mi bolsillo un cigarrillo arrugado. Con cerillas de papel parafinado, de una carpetita que no recordaba haber visto antes, le prendí fuego. La punta del cigarrillo

crepitaba con un ruido seco, y un humo violáceo empezó a dibujar figuras geométricas sobre el trasfondo de la luz matinal.

—Es que fui a un entierro. Y cuando se terminó me pasé por el barrio de Shinjuku para tomar unas copas.

El gato surgió como por ensalmo y, tras lanzar un prolongado bostezo, se plantó de un salto sobre sus rodillas. Ella se puso a hacerle cosquillas detrás de las orejas.

—No tienes que explicarme nada —me dijo—. Todo eso ya ni me va ni me viene.

—No es que trate de darte explicaciones. Intento sostener una conversación, nada más.

Ella se encogió levemente de hombros y se metió el tirante del sostén dentro del vestido. En su cara no había expresión alguna; tanta inmovilidad me trajo a la memoria la fotografía de una ciudad sumergida en el fondo del mar, que había visto hacía tiempo.

—Era una persona a quien traté un poco, hace años. Alguien a quien no conocías.

—¿De veras?

El gato se desperezó en su regazo y estiró las patas. Luego exhaló un prolongado suspiro.

Me quedé mirando el extremo incandescente de mi cigarrillo, aún sujeto entre mis labios cerrados.

—Y ¿cómo murió?

—Un accidente de tráfico. Se rompió trece huesos.

—¿Era una chica?

—Ajaja —asentí.

Las noticias de las siete se terminaron, y con ellas el reportaje sobre el tráfico. La radio volvió a lanzar al aire una ligera música de rock. Ella devolvió su taza de café al plato, y me miró a la cara.

—Oye, cuando yo me muera, ¿también te emborracharás así?

—El entierro no tiene nada que ver con que haya bebido. A lo sumo, pudo tener relación con las primeras copas.

Fuera, el nuevo día estaba por declararse abiertamente. Un caluroso nuevo día. Por la ventana del fregadero se divisaba una mole de altos

edificios. Sus reflejos resultaban hoy más cegadores que nunca.

—¿Qué tal un vaso de algo fresco?

Ella agitó la cabeza, negando.

Saqué de la nevera una lata de Coca-Cola bien fría y, sin verterla en un vaso, la engullí de un trago.

—Era la típica chica que se acuesta con todos —le dije—. Vaya epitafio: la difunta era «de esas chicas que se acuestan con todos».

—¿Por qué me lo cuentas? —me preguntó.

Ni yo mismo entendía el porqué.

—Así que era de esas chicas que se acuestan con todos, ¿no?

—Desde luego.

—Pero contigo fue diferente, ¿no?

Al decirme esto, su voz tenía un tono especial, indefinible. Yo levanté la vista, oculta tras la ensaladera, y, a través de los geranios secos del tiesto, atisé su cara.

—¿Es eso lo que piensas?

—No sé por qué —me respondió en voz baja—, pero me parece que das el tipo.

—¿De qué tipo hablas?

—Tienes... algo que... no sé..., encaja en el cuadro. Es como si hubiera un reloj de arena, ¿sabes? En cuanto cae el último grano, por fuerza ha de aparecer alguien como tú que le dé la vuelta al reloj.

—¿Crees que soy así?

Sus labios esbozaron una sonrisa, pero recobraron enseguida la seriedad.

—He venido a recoger lo que quedaba de mi ropa —dijo—. El gabán de invierno, sombreros y cosas así. Lo he dejado todo metido en cajas de cartón. Cuando tengas un ratito, ¿me haces el favor de llevarlas al transportista?

—Te las llevaré a tu casa.

Ella denegó suavemente con la cabeza:

—Mira, déjate de tonterías. No te quiero ver por allí. Lo entiendes, ¿no?

Claro que lo entendía. Lo que pasa es que siempre hablo de más y digo despropósitos.

—Sabes la dirección, supongo.

—La sé.

—Eso es todo, y punto. Perdóname por alargar mi estancia aquí.

—La cuestión del papeleo, ¿ya está arreglada?

—Ajá. Todo está listo.

—La cosa es más fácil de lo que parece. Pensaba que habría un montón de requisitos que cumplir.

—Mucha gente tiene esa idea. Pero en realidad es fácil. Una vez que ha terminado, desde luego.

Mientras hablaba, volvió a hacerle cosquillas al gato en la cabeza.

—Con un par de divorcios auestas, ya se es veterano —añadió.

El gato estiró el lomo, cerró los ojos y reclinó mimosamente la cabeza en sus brazos. Yo puse la taza de café y la ensaladera en el fregadero y, usando como escobilla un papel, barrí las migas de las galletas y las reuní para tirarlas. La luz del sol me producía un intenso escozor en los ojos, que llegaron a dolerme.

—En tu escritorio he dejado una nota con todas las cosas que me han parecido importantes: dónde están guardados los papeles, cuáles son los días de recogida de basuras, cosas así. Si hay algo que no entiendas, telefonéame.

—Gracias.

—¿Te hubiera gustado tener hijos?

—No, en absoluto —le respondí—. Los niños no me tiran.

—Yo lo he pensado muchas veces. Claro que, para acabar así, las cosas ya estaban bien como estaban. Oye, de haber tenido hijos, ¿crees que habríamos terminado mal?

—Hay montones de matrimonios que se divorcian aun teniendo hijos.

—Sí, es cierto —dijo ella, mientras se entretenía manoseando mi encendedor—. Aún te quiero. Con todo, no es ése el problema, ¿verdad? Yo lo tengo bien claro.

2. Triple desaparición: Ella, las fotos y la combinación

Una vez se hubo marchado, me tomé otra Coca-Cola, me duché con agua caliente y me afeité. El jabón, el champú, la crema de afeitar, todo lo habido y por haber... estaban a punto de acabarse.

Al salir de la ducha me peiné, me friccioné con loción y me limpié las orejas. Luego me dirigí a la cocina, donde recalenté el café que había quedado. En el lado opuesto de la mesa ya no había nadie sentado. Al mirar aquella silla vacía, me sentí como un niño pequeño que se hubiera quedado solo y abandonado en una de esas maravillosas e ignotas ciudades que aparecen en los cuadros de De Chirico. Claro que yo, evidentemente, no soy un niño. Con la mente en blanco, me bebí sin prisa alguna el café a lentos sorbos. Y tras quedarme indeciso por unos momentos, encendí un cigarrillo.

Parece que tras veinticuatro horas sin pegar ojo, debería sentirme cansado, pero, cosa extraña, no me encontraba nada soñoliento. A pesar de lo embotado que tenía el cuerpo, mi mente parecía incansable y merodeaba indiferente por los intrincados canales de mi conciencia, como si fuera un ágil pececillo.

Cuando miraba distraídamente aquella silla sin ocupante, recordé una novela americana que había leído hacía tiempo: narraba la historia de un matrimonio en el que la mujer se va de casa, y entonces el marido cuelga del respaldo de la silla que tiene frente a la suya, en el comedor, una de sus combinaciones, que permanece allí durante meses. Dándole vueltas al asunto en mi cabeza, llegué a la conclusión de que era una idea razonable. No es que considerara aquello de mucha utilidad, pero siempre sería mejor que conservar aquel tiesto de geranios secos encima de la mesa. Hasta el

gato, pensé, se sentiría más a gusto si tuviera cerca una cosa que ha sido de ella.

Rebusqué en el dormitorio, abriendo uno tras otro sus cajones, pero todos estaban vacíos. Una vieja bufanda apolillada, tres perchas, un paquete de bolas de naftalina... fue cuanto encontré. Al marcharse, había cargado con todo: su reducido equipo de cosméticos, habitualmente disperso por los rincones del lavabo; sus coloretes, su cepillo de dientes, su secador de pelo, aquellas medicinas que ya ni recordaba para qué servían, sus útiles de baño, todo tipo de calzado —desde botas hasta zapatillas, pasando por sandalias—, sombrereras, accesorios de tocador, la bolsa de viaje, la mochila, maletas, bolsos; sus objetos más íntimos —siempre tan cuidadosamente ordenados—: Ropa interior, medias, cartas... Todo cuanto delatara una presencia femenina, en suma, había desaparecido sin dejar rastro. No me habría extrañado que antes de largarse hubiese borrado incluso sus huellas dactilares. Hasta un tercio de nuestra pequeña biblioteca y de nuestra colección de discos se había esfumado. Eran los libros, discos y demás que ella había comprado, así como los que le regalé.

Al echar un vistazo a los álbumes de fotos, comprobé que todas las fotografías en que aparecía sola habían sido arrancadas de sus páginas. De las fotos en que salíamos los dos juntos, únicamente su imagen había sido recortada, mientras que la mía permanecía como recuerdo. Aquellas fotos en que yo estaba solo, o en las que aparecían paisajes, animales, etcétera, seguían intactas. Todo el pasado común que atesoraban los tres álbumes había sido objeto de estricta revisión. Yo siempre aparecía más solo que la una, con fotos intercaladas de montañas, ríos, ciervos, gatos...; daba la impresión de haber sido un ser solitario desde la cuna, y de no tener más perspectivas para el futuro que la soledad. Cerré el álbum, y me fumé un par de cigarrillos.

¡Hubiera sido todo un detalle por su parte dejarse olvidada una simple combinación!, pensé. Pero eso, naturalmente, era asunto suyo, y yo no tenía derecho a opinar. Su decisión estaba clara: no dejar ni un alfiler como recuerdo. No me quedaba otra opción que aceptar las cosas como eran. O bien, siguiéndole el juego, llegar a persuadirme de que ella no había

existido nunca. Obviamente, de su inexistencia se infería que tampoco podía existir la combinación.

Así que lavé el cenicero, cerré los interruptores del aire acondicionado y de la radio, volví a considerar el asunto de la combinación y por fin, hastiado, me metí en la cama.

Un mes había pasado ya desde que acepté el divorcio y ella abandonó el apartamento. Todo un mes, perdido prácticamente de un modo absurdo. Como una tibia masa gelatinosa, informe e insustancial: así fue aquel mes. No podía hacerme a la idea de que algo había cambiado; y es que, en realidad, nada había cambiado.

Me levantaba cada mañana a las siete, preparaba el café, tostaba el pan, iba a trabajar, cenaba fuera, tomaba unas copas y, ya de vuelta en casa, me pasaba una hora leyendo en la cama antes de apagar la luz para dormir. Los sábados y los domingos, en vez de ir a trabajar, recorría desde la mañana unos cuantos cines, y así mataba el tiempo; y, para no variar, también cenaba solo, bebía unas copas y me dormía tras mi consabida lectura. De este modo, siguiendo hasta cierto punto el proceder de esas personas que van tachando uno tras otro los días del calendario, logré sobrevivir durante aquel mes.

El hecho de que ella desapareciera de mi vista lo aceptaba a regañadientes como algo irreparable: lo pasado, pasado estaba; no tenía remedio. Vistas así las cosas, perdía relevancia la cuestión de si cada uno de los dos había hecho lo más conveniente durante los últimos cuatro años. Pasaba lo mismo que en el asunto de las fotos arrancadas: tampoco tenía remedio.

Del mismo modo, era irrelevante preguntarse por qué, durante bastante tiempo y de un modo habitual, estuvo acostándose con uno de mis amigos, hasta que al final decidió mudarse a su domicilio para vivir con él. Tal cosa cabía dentro de lo posible; es más, siendo un hecho tan frecuente en la actualidad, no tenía nada de particular —por más vueltas que yo le diera al asunto— que ella también acabara haciéndolo. A fin de cuentas, era asunto suyo y de nadie más.

—Al fin y al cabo, eso es asunto tuyo —le dije.

Fue un domingo de junio por la tarde cuando ella se decidió a decirme que quería el divorcio. En aquel momento yo jugueteaba con la anilla abrelatas de una cerveza, donde tenía metido el dedo.

—¿Quieres decir que te da igual? —me preguntó, pronunciando muy despacio cada palabra.

—No es que me dé igual —le respondí—. Lo que quiero decir es que tú debes decidir.

—Si quieres que te diga la verdad, no deseo divorciarme de ti —dijo tras una pausa.

—Pues con no divorciarte, asunto arreglado —le contesté.

—Es que, aunque siga contigo, las cosas no cambiarán.

No dijo nada más, pero creí comprender lo que pensaba. Dentro de unos meses, yo cumpliría treinta años. Ella iba ya por los veintiséis. Comparando nuestras edades con lo largo que podía ser el porvenir que teníamos ante nosotros, cuanto habíamos construido en común resultaba francamente insignificante. A decir verdad, no habíamos construido nada. Nos pasamos aquellos cuatro años viviendo de nuestras reservas de amor, consumiendo nuestro capital.

Y la mayor parte de la culpa fue mía. Es posible que yo no debiera haberme casado, ni con ella ni con nadie. Pero ella hubiera debido comprender que no era la persona adecuada para casarse conmigo.

Para empezar, ella se consideró siempre inadaptada a la vida social, en cambio pensaba que yo era todo lo contrario. Así pues, mientras representamos nuestros respectivos papeles, la cosa funcionó relativamente bien. Pero un buen día, a pesar de lo convencidos que estábamos de que manteniendo aquel estado de cosas todo iría sobre ruedas, algo se vino abajo. Algo de pequeñísimas proporciones, pero que era irreversible. Estábamos los dos metidos en un largo callejón sin salida. Era el final.

Para ella, yo era un caso perdido. Y aunque todavía me quisiera, eso no tenía nada que ver. Nos habíamos acostumbrado demasiado a nuestros respectivos papeles. Ya no me quedaba nada que darle. Ella lo comprendió instintivamente; yo, gracias a la experiencia. En todo caso, no había esperanzas.